

en todo caso a penetrar la pupila del que me hablaba.

En esta "apología por vita mea", no deseo referir mis actos sino como un motivo de enseñanza, así, leal y cariñoso para mi lector, no se me juzgue vanidoso o envale-tonado.

Las cualidades, apuntadas más arriba, fueron ocasión de muchos mal entendidos entre mis compañeros menos habituados a expresar su íntima naturaleza.

¿Cuánto incidente de este género, recordé en el umbral del templo.

Y, obra de Dios o de la casualidad, el primer monje que salió al encuentro, fué precisamente uno de los que más me habían herido. Excuso decir, que apenas nos saludamos, pidiome humilde perdón por haber prejuzgado muchos de mi actos inocentes y juguetones.

No había traspuesto el atrio, cuando me sobrecojió la severa majestad de la Iglesia que trae a la memoria, la Basílica de San Pedro fuera de los muros. Amplia, severa, de una sencillez del mejor tono, esta casa de la oración es mi ideal. Abunda el mármol, límpido y blanco; el capitel corintio y el oro muerto del mosaico.

Volví a contemplar, al través de la reja, la capilla reservada a los coristas con su facistol majestuoso y altos sitials.

A las luz de la oscilante lámpara votiva, ya toda la nave sumida en la lóbrega noche ¡ay, cuantas veces vi en mi alma, un rayo de la eterna luz!

Sali emocionado del oratorio, pero el máximo del sentir lo experimenté al pasar por frente la galería donde estaba mi antigua celda.

Sentí doblegarse las rodillas y un helado efluvio pasarme por las venas.

En ese preciso momento, atravesaba el sendero del jardín, un joven alto marcado por una notable distinción.

Bajo la "capilla" veíase el óvalo del visaje, el ansia viva de conquistar el cielo. Todo él, apolínea representación, transcendía una paz santa, conquistada sin extraños devaneos o nostálgias incesantes.

Quieted profunda del que vive del amor de Dios, asomaba por los encendidos ojos. Paseabase el joven dominico por la senda, con la libertad en el andar y el ademán recogido del aristócrata nato.

La beatitud del vivir perfecto estaba ante mis ojos. Vefame tal cual había sido yo, en el manso joven de principito andar. Y este encuentro renovó en carne viva todo el pasado que se desenvolvió ante mí, semejante a un panorama.

La belleza de la Santidad perdida, hizome caer en una negra desesperación. Dudé de mi mismo y por un momento trágico, desíe la muerte.

Me acogió y pasó por mí, ese inexplicable sentimiento de vacío que a veces me avasalla, imponiéndome la soledad absoluta.

Busco desearfar este destino enigmático, más la razón se me pierde. Repasamos el sitio que había arrancado lágrimas a mi espíritu.

Estaba como el Dante, perdido en una selva oscura, "sin vereda conocida". Nuestro guía nos condujo a los patios interiores, encajados de helechos y palmeras.

En el primero de ellos, me encontré semejante al Virgilio de "La Divina Comedia", con mi antiguo profesor de Humanidades. Ya no estaba solo en la floresta oscura.

A este hombre de profundo y sereno mirar ¡cuántos versos le dediqué en mi entusiasmo por el saber!

Los mejores arranques de mi nimen fueron para él, va-

rón santo y superior.

Sus chispeantes y azules ojos, sugerían al discípulo amado, a Juan, aquel primer pensador del Cristianismo.

Era todo un augustal Romano, el caro maestro mío, envuelto en pliegues togales, elegante sin saberlo, majestuoso sin sospecharlo. Dotado de un extraordinario magnetismo personal, hacíase querer y admirar con esa chispa divina que debieron encender Platón y Sócrates, en sus discípulos.

Esta recordación fué el paraíso, después de atravesar el purgatorio de la otra.

"LA FUENTE BENDITA"

Parte segunda: El Convento.

CAPÍTULO VII.

Permítasenos antes de ir adelante una consideración que es fruto de la experiencia sobre la elección de estado o vocación, como generalmente se dice.

Vocación, según mi entender, es una disposición o llamamiento interior que conduce al ser a abrazar un género de vida de acuerdo con su naturaleza.

La elección de estado es de suma y capital importancia para todo hombre, cualquiera sea la carrera que desea seguir.

¿Vocación! ¿para qué no es menester tenerla?

Desde Salomón, producto de una selección moral é intelectual, cuya alma tenía la vocación de la magnificencia hasta el más mísero mortal de nuestros días, todos se sienten llamados a algo. El marino se vé subyugado por la fascinación del mar; el arquitecto observa todo sitio ocupado por una estructura salida de su mente; el escritor quiere singularizar en tipos, la múltiple humanidad; el cantor sueña con realizar melódicamente el mundo interior de encontrados deseos y pasiones.

A menudo, conmoviéndonos no poco, observamos a alguna niña de corta edad mecer, con una dulzura sobrehumana, su muñequita de trapo. Es el primer despertar a las sublimes funciones de la maternidad que a su debido tiempo llenarán por completo su alma.

El niño que al salir al campo con sus padres se adelanta siempre a ellos con insaciada curiosidad y con arrojo de conquistarlo todo por sí mismo, es la futura voluntad del hombre emprendedor.

De todos estos llamamientos interiores el más alto, por provenir directamente del alma del mundo, es el alma sacerdotil.

Aquí no es ni debe ser el halago imaginativo de lo que vemos, el alieicome como en las otras carreras, sino el grito íntimo del alma que por haber oído las melodías no escuchadas por el resto de los hombres y visto imágenes no comunes en la tierra, desea desde ese momento vivir la vida superior que solo tras la muerte logramos.

La dificultad casi insalvable de este oficio supremo depende en que debemos vivir en la carne y hacer de cuenta que no la tenemos. Para suprimir este antagonismo, la voluntad más férrea no es suficiente; necesitase algo más y llámase "la gracia de Dios". O si querés una figura de ello, sacada de la Biblia, la tendrás en la palabra *sanctificado* que significa que el Paraíso le ha transfundido sus rayos de poder. Solo después de esa transusión, los Apóstoles fueron los hombres grandes que fundaron el Cristianismo.

Para el ingreso de carrera alguna, debiera ser la puer-

